DOSSIER

Los miembros del Centro Gumilla, reunidos en un seminario de trabajo, han formulado en el siguiente documento las líneas que marcan tanto el horizonte de su visión de país en un marco global, como las líneas maestras de su acción social.

Horizonte del Centro Gumilla

El dinamismo individual es insustituible en todos los campos; pero no lo es menos la emulación y la solidaridad.

Mundialización

Estamos de acuerdo con el horizonte de la mundialización: no sólo nos parece irreversible sino deseable ya que es un paso muy significativo hacia la constitución de la humanidad como una magnitud históricamente verificable. La constitución de la humanidad entraña dos direcciones complementarias: el fortalecimiento de la densidad de cada individuo, de sus capacidades y de su libertad liberada, y el afianzamiento de entidades colectivas libres y simbióticas, de toda clase de asociaciones intermedias, además de las redes virtuales. Esto se expresa a nivel económico en la afirmación conjunta de la propiedad privada y del derecho de la comunidad humana como tal a los elementos de la tierra. El dinamismo individual es insustituible en todos los campos; pero no lo es menos la emulación y la solidaridad, la constitución de cuerpos sociales y de todo género de relaciones horizontales y mutuas. Hemos salido de la pesadilla del totalitarismo político. Pero creemos que debe superarse también la dictadura totalitaria del capital oligopólico y de las corporaciones mundializadas. La mundialización exige, pues, tanto la seguridad jurídica para el capital privado, con garantías claras, escrupulosamente salvaguardadas y exigibles ante tribunales internacionales, como la desabsolutización de los derechos del capital, es decir la relativización de la propiedad privada. Actualmente libertad significa la libertad absoluta del capital, y consiguientemente la relativización de todas las demás libertades y ante todo las libertades humanas.

Esta dictadura tiene expresiones económicas obvias: Para empezar hay que

afirmar que no es claro que la corporativización actual aumente la riqueza ni la creatividad y calidad en la producción ni la posibilidad de elegir por parte de los consumidores ni la participación en el beneficio de lo producido socialmente. Es decir que no sólo no contribuye a otros objetivos humanos sino que no cumple sus objetivos específicos. Además, al buscar la maximización de la ganancia sin verdadera competencia, porque copan el mercado y porque inducen el consumo a base de una propaganda avasallante y compulsiva y que se remite mutuamente creando una galaxia que funciona como un verdadero mundo de vida, exprimen a la población reduciéndola a la condición de consumidor de productos más caros y de peor calidad que si hubiera verdadera competencia. Es más grave todavía que al mediatizarse la investigación según sus intereses, no se llega a lo más efectivo y económico sino a lo más complejo y caro. Esto en el caso de la medicina llega a ser criminal. Más grave todavía es la mediatización de los Estados, que tienden a perder su trasparencia de representantes de la voluntad general con el consiguiente debilitamiento de la dimensión política de los ciudadanos. También es catastrófica su insensibilidad respecto al tema ecológico: la obtención de la máxima ganancia inmediata no se para ante la desertización del planeta y su envenenamiento y la fabricación de masas ingentes de desechos no biodegradables e incluso tóxicos. Pero la consecuencia más grave es a nivel antropológico: la reducción de la persona a su condición de productor y consumidor. Queremos destacar dos tipos de productores: en la cúspide los altos técnicos que se entregan a la empresa desposeyéndose voluntariamente de su vida privada y de su autonomía espiritual; es una suerte de alineación feliz que a la postre es bastante desdichada, pero consentida por las altas cuotas de bienestar. En la base están por un lado los contratos basura provisionales y sin ninguna obligación por parte de la empresa que crean frustración y una creciente ansiedad, y por otro la maquila, de la que no hay más que decir que es la versión más denigrante del trabajo esclavo. Respecto de la condición de consumidor, todo es muy consabido, aunque no por ello menos grave. Quisiéramos sólo insistir en que todo va tomando la condición de mercancía, cuando hay dimensiones humanas que por su misma condición no son transables y que se vacían al convertirse en tales.

La superación del totalitarismo del mercado para dar lugar a una mundialización más dinámica, pluridimensional y simbiótica, debe seguir vías complementarias: ante todo, el fortalecimiento de la densidad de cada individuo, de sus capacidades y de su dimensión ética, más aún de su libertad liberada, de modo que su vida nazca de dentro y no sea mera respuesta a las incitaciones de la propaganda, tanto en el empleo como en el tren de vida. Esto es insustituible, aunque hay que reconocer que es lo más difícil porque la propaganda busca la elementarización humana, su reducción a pulsiones y deseos desconectados entre sí, de modo que no sea un centro autónomo. La segunda dirección apunta a un mayor protagonismo de redes de la sociedad civil que sirvan de vehículo al carácter policéntrico y simbiótico que deben revestir los lazos humanos; superado así sustancialmente la unidimensionalización de la condición de productor-consumidor y ejercitando la condición de sujeto social autónomo e interactivo. Estas redes sociales no sólo deben buscar objetivos en su propio ámbito, es decir que los integrantes producen y usufructúan, sino también deben incursionar en el campo económico globalizado poniendo al descubierto aspectos silenciados tanto de los productos ofertados por las corporaciones como de su modo de producción y lanzando campañas para inducir modificaciones, tanto a nivel local como mundial. La tercera dirección se dirige a la constitución de un organismo político que represente al conjunto de los pueblos, que vele por el establecimiento de un comercio sin proteccionismos directos o disfrazados, aunque teniendo en cuenta que los diversos actores no están en el mismo grado de desarrollo y que hay que nivelar las desventajas iniciales. Hay que partir de la base de que el mercado libre es el mecanismo menos malo para la creación de riqueza y para la adjudicación privada de la riqueza social; pero insistiendo igualmente en que, dejado a sí mismo, deja de ser libre. No se puede pretender políticamente una igualdad sino a lo más establecer unos derechos económicos mínimos y velar por su tutela eficaz, y corregir la tendencia del mercado a dejar de ser libre, tanto frenando los ologopolios como la pre-

A América Latina le interesa integrarse como subcontinente de manera que el ámbito de libre comercio no signifique el arrasamiento de su identidad, con el tremendo empobrecimiento humano que eso conlleva, y el agravamiento hasta niveles absolutamente indeseables e insostenibles de la desigualdad de la región

sión indebida a los consumidores por la propaganda omnipresente. Este organismo debe ser además capaz de decidir en materias que incumben a la humanidad como un todo, de manera que se preserve la vida del planeta y la humanidad del género humano como una familia de pueblos en interacción dinámica de competencia, complementación, justicia y solidaridad. En particular debe establecer un cuerpo legal de acuerdos mínimos que expresen elementos concretos con los que se salvaguarda la dignidad básica de cada uno de los seres humanos y ha de tener capacidad para hacerlos cumplir.

Regionalización (latino)americana

Estamos de acuerdo con la creación del ALCA como paso primero hacia la creación de una mancomunidad americana, porque América, además de un continente geográfico, es una realidad relativamente nueva en su configuración actual, pero con raíces tanto en Indoamérica como en Europa y África. Creemos que este flujo comercial a la larga puede ser muy provechoso para toda América. Pero estamos en desacuerdo con el planteamiento que lidera USA y que quiere imponer sobre el resto a corto plazo. Su sesgo totalitario se patentiza en el modo perentorio e inconsulto como pretende imponerse. Y para nosotros el modo de producción determina el producto. Lo que incumbe a todos, debe ser discutido por todos. Y no ha habido una discusión pública del proyecto en marcha. Además su contenido no es conveniente ni para USA ni para América Latina. Para USA porque lo único que logrará será copar el mercado actual, lo que es muy poco dinámico, tal como están los procesos de mundialización. A USA, a lo más dinámico que hay en ella, le interesa ampliar el mercado de modo que tendencialmente se equipare a todos los habitantes de América. Eso significa la contribución sustantiva y sostenida al desarrollo integral de América Latina. Por su parte a América Latina le interesa integrarse como subcontinente de manera que el ámbito de libre comercio no signifique el arrasamiento de su identidad, con el tremendo empobrecimiento humano que eso conlleva, y el agravamiento hasta niveles absolutamente indeseables e insostenibles de la desigualdad de la región, que ya actualmente es la mayor del mundo. Por eso abogamos como un paso preliminar indispensable por el fortalecimiento de sistemas regionales (Mercado Común Centroamericano, MERCOSUR, Comunidad Andina de Naciones, CARICOM), no para mantener a oligarquías parásitas sino para racionalizar las ventajas competitivas y articular las áreas económicas redimensionándolas a nivel supranacional, aunque no todavía americano.

El presupuesto para abogar por la necesidad de una integración tanto latinoamericana como americana es el carácter antihistórico de la balcanización actual. Tal como existen actualmente, casi ningún país latinoamericano es viable. El reconocimiento de esta realidad es paso indispensable para hacer los sacrificios que sean necesarios para la integración. Ahora bien, la debilidad de cada país es el principal obstáculo para emprenderla ya que la mayor parte de las élites locales no se creen capaces de emprender las trasformaciones indispensables para subsistir en el nuevo orden y por eso obstaculizan que se camine hacia él. Por eso es necesario el fortalecimiento de la sociedad civil y de la subjetualidad popular para que presionen en esa dirección y no menos el surgimiento de nuevos liderazgos a la altura de los tiempos. Es un hecho constatable que los pueblos latinoamericanos componen un mosaico muy abigarrado de culturas. En él está la gran variedad y riqueza de la región. Y sin embargo se reconocen mutuamente. En cambio los centros modernos de las grandes urbes y los que se desplazan en ellas son fundamentalmente homogéneos, pero todos miran a USA y a Europa y están de espaldas entre sí. Hay, pues, dos direcciones opuestas, que tenemos que lograr que sean complementarias: es decir que los pueblos busquen más decididamente mundializarse y que las élites lo intenten desde la peculiaridad latinoamericana. Creemos que lo primero se está dando más que lo segundo: la emigración sin romper los vínculos es la manifestación más sobresaliente y su pujanza no es sólo a nivel antropológico sino que económicamente constituye la mayor fuente de divisas a la región.

Igual que es imprescindible caminar en la dirección de integrarse mutuamente las élites modernizadas y los pueblos, lo es caminar hacia la integración de toda América. América del norte tiene que transferir a Latinoamérica no sólo tecnología y organización sino modos de

El primer objetivo, el más importante y el más difícil es la creación masiva de empleos productivos en empresas autosustentables.

Estamos de acuerdo en que hoy por hoy la democracia representativa con dosis prudentes de participación es el sistema menos inadecuado para conducir al Estado.

proceder para crearlas. Pero lo mismo que la integración latinoamericana no puede ni es deseable entenderla como asimilación de los pueblos a las élites perdiendo su identidad, del mismo modo la integración americana no es deseable ni posible concebirla como norteamericanización del continente. Sería un terrible empobrecimiento para todos. El pluriculturalismo es no sólo punto de partida sino también punto de llegada, sin obviar las saludables mestizaciones a que da lugar la convivencia.

Sistema económico

Nuestro país tiene muy debilitado el aparato productivo; más aún, se ha llegado a quebrar el propio circuito económico. Es imprescindible rehacerlo. Estamos en absoluto desacuerdo con los que creen que el Estado debe ser el principal agente económico porque es el único que puede distribuir la riqueza nacional de modo que llegue a las mayorías, excluidas en el sistema actual. Desde el comienzo hemos asentado el lugar insustituible de la iniciativa y la propiedad privada. Sin embargo discrepamos igualmente de los que piensan que el problema del país es lograr subirse al carro de la mundialización, tal como de hecho funciona hoy. Creemos que este sistema no logra siquiera aumentar significativamente las magnitudes absolutas de nuestras economías y además polariza atrozmente al país, atentando no sólo contra la dignidad de sus habitantes sino incluso contra su viabilidad económica al reducir drásticamente la población que contribuye a crear riqueza nacional y a sostener al Estado con los impuestos, e imposibilitando por tanto su paz social, su gobernabilidad y por ende su viabilidad histórica. Creemos imprescindible una ciudadanía muy activa y un Estado muy fuerte para que ponga unas reglas de juego precisas en las que quede claramente establecida tanto la posibilidad de ganancia y por tanto el estímulo a la productividad en todas las áreas, como la cuota de solidaridad social, expresada sobre todo en el sistema tributario, que todos debemos pagar progresivamente. Este modelo debe ser propuesto con toda crudeza, pero también con toda la perspicacia que sea necesaria para que todos los afectados vean su conveniencia, y, al ser aceptado por todos los sectores y exigido tenazmente por el Estado, sea viable.

El primer objetivo, el más importante y el más difícil es la creación masiva de empleos productivos en empresas autosustentables. La consecución de esta meta irrenunciable requiere de un gran pacto social en el que los empresarios estén dispuestos a recortar sus expectativas excesivas de ganancia y más profundamente su nivel personal de gastos, y sobre todo a renunciar a vivirle al Estado, lo que exige un espíritu mayor de iniciativa, perspicacia, tenacidad y riesgo. Por su parte los empleados y trabajadores tienen que entrar en una onda de capacitación permanente de modo que su trabajo sea cada vez más productivo, y tienen que comprender que la posibilidad de incrementar su remuneración depende de su contribución a la solvencia de la empresa. El Estado por su parte debe establecer un marco jurídico trasparente, debe estimular las empresas que incluyan en sus políticas el mayor empleo posible de mano de obra, así como apoyar las áreas en las que el país pueda tener ventaja competitiva, y en sus contratos debe brillar por su absoluta imparcialidad. El modelo debe proponerse a la vez aumentar el mercado interno, actualmente deprimidísimo, y llegar a exportar masivamente. Esta reactivación no será posible con el aporte sólo del Estado y del capital criollo. Hay, pues, que ofrecer oportunidades a las corporaciones trasnacionales, lo que no tiene que significar un entreguismo, pero sí tiene que contemplar ventajas tangibles.

Democracia representativa y partidos políticos

Estamos de acuerdo en que hoy por hoy la democracia representativa con dosis prudentes de participación es el sistema menos inadecuado para conducir al Estado. No creemos que sea viable una

Sólo la creación de estos partidos modernos, es capaz de contrapesar el papel que cada vez más desempeñan los *massmedia*, que no se limitan, como antaño, a informar con objetividad y a interpretar los acontecimientos según su línea editorial, sino que se han constituido en actores políticos, sustituyendo a los partidos y tratando de arrastrar a los ciudadanos.

democracia basada en la participación directa de los ciudadanos, bien sea mediante constantes *referenda*, bien en un perpetuo asambleísmo. Creemos que la complejidad de los problemas exige la división de trabajo y por tanto la constitución de un cuerpo de políticos y funcionarios profesionales. Menos deseable nos parece aún la democracia sin intermediarios en la que líderes carismáticos se encargan de todo, entendiéndose directamente con el pueblo. Creemos indispensable tanto una burocracia cualificada que no dependa del mandatario de turno, como de partidos profesionalizados. Nuestro problema es cómo lograr que tanto el gobierno como los otros poderes del Estado sean realmente representativos en su desempeño, lo que para nosotros se traduce en que gobiernen conforme a la oferta electoral que hicieron a la ciudadanía y que en su desempeño concreto respondan administrativamente ante los ciudadanos.

En la democracia representativa la participación de los ciudadanos se da sobre todo siguiendo activamente el debate nacional, estadal y local, interviniendo a través de los *massmedia*, o en diversos foros y más aún en los comentarios capilares responsables que crean opinión pública. Se da también a través de la vocería de los diversos entes públicos no formalmente políticos (asociaciones de derechos humanos, de consumidores, vecinales, ecologistas, instituciones científicas, organizaciones de fomento económico y cultural, sindicatos, ONGs...). En tiempos de normalidad, la participación se hace más intensa e incluso directa conforme se desciende a niveles más abarcables por los ciudadanos, es decir al nivel estadal y sobre todo al municipal. Al menos en los sectores populares es deseable el establecimiento de consorcios entre el Estado, responsable último de servicios básicos, y los usuarios organizados. Esa corresponsabilidad en la planificación y gestión es el grado más intenso de participación. Sin embargo en coyunturas de crisis se hace conveniente e incluso necesaria la participación extraordinaria de los ciudadanos. En estos momentos es deseable la politización de la ciudadanía, en el sentido preciso de informarse asiduamente de la situación y encargarse efectivamente de ella. Esta politización consciente y responsable es el antídoto más eficaz a la fanatización sectaria de los grupos radicalizados. Para estas ocasiones son saludables los instrumentos de consulta contemplados en la constitución.

Respecto de los gobiernos, el problema de la representatividad comienza porque los partidos en las campañas electorales no se esfuerzan en interpretar las verdaderas necesidades y aspiraciones de los ciudadanos y el papel que le toca al Estado para crear un marco en el que puedan dedicarse a satisfacerlas. En lugar de eso prometen realizaciones que por un lado infantilizan a los ciudadanos al sustituirlos y por otro no tienen intención de cumplir ni capacidad para hacerlo. Creemos que nuestro país requiere partidos modernos que tengan canales para mantenerse en contacto orgánico con el electorado y más en general con la sociedad que representan; plataformas técnicas para elaborar propuestas consistentes y capacidad para llevarlas a cabo sostenida y flexiblemente. Estos tres requisitos: fundamento teórico, proyecto de país, programa de gobierno; organización no leninista sino realmente democrática y con implantación en todo el país; y capacidad gerencial y voluntad de incluir en el Estado e incluso en el gobierno a los más idóneos y no a los suyos, serían a nuestro modo de ver los ejes del tipo de partido que demanda el país.

Sólo la creación de estos partidos modernos, es capaz de contrapesar el papel que cada vez más desempeñan los *massmedia*, que no se limitan, como antaño, a informar con objetividad y a interpretar los acontecimientos según su línea editorial, sino que se han constituido en actores políticos, sustituyendo a los partidos y tratando de arrastrar a los ciudadanos. El problema de esta función es que por una parte nadie les ha otorgado esa representatividad que se arrogan y por otra que niegan a la ciudadanía el servicio público de la información a que tiene derecho. Dicen informar y opinar, y para eso sintonizan los ciudadanos con ellos, y en realidad crean noticias por objetivos privados. No vale decir que cada quien sintonice lo que desea, ya que no pocas veces el receptor sólo se encuentra con opciones radicalizadas y ningún medio cumple el servicio público de informar, que es indispensable en cualquier democracia. Reconocemos como legítima cualquier línea editorial, compatible con la democracia, pero no aceptamos que se hurte

la información básica ni que no se distinga entre informar e interpretar por el modo tendencioso de presentar las informaciones. Volvemos a insistir, también en este punto, que sólo una ciudadanía adulta puede desestimular a los medios de emprender aventuras irresponsables. Por su parte los partidos modernos ayudarán grandemente a la ilustración de la conciencia de la ciudadanía. Así como también unos *massmedia* realmente democráticos y adultos son la mejor escuela de ciudadanía.

El estado

En una época de mundialización el Estado nacional como una unidad de acción en gran medida autosubsistente, tal como se fue perfilando en Europa desde fin del siglo XV hasta el fin de la segunda guerra mundial, ha sido superado por la realidad histórica, ya que las conexiones de muchos ciudadanos e instituciones de un país con otros países son tan densas que configuran una verdadera realidad histórica. Incluso empieza a tener relevancia social el fenómeno de trasladarse a vivir a cualquier país de la ecumene sin sentir por eso extranjería. Esta novedad histórica pide expresiones institucionales que la expresen. Van surgiendo muchas instituciones culturales, económicas y societales que vehiculan más o menos adecuadamente esta interconexión; pero se echa en falta la expresión propiamente política. Aún no ha llegado el tiempo de constituirla, pero sí de caminar resueltamente hacia ella. Porque no bastan las expresiones de la sociedad civil ni es suficiente la ética ciudadana y la presión de la opinión pública. Es imprescindible una expresión política, que respete, ciertamente el principio de subsidiariedad, pero que vele por el cumplimiento eficaz de acuerdos mínimos que garanticen la convivencia pacífica y simbiótica de la humanidad mundializada.

El Estado como la expresión objetiva de la nación y de los ciudadanos, por encima de las voluntades particulares, y por tanto un fin en sí y para sí es una construcción ideológica que ha dado lugar a perversiones nefastas, y debe dar paso a concepciones más modestas y funcionales. No compartimos, sin embargo, la idea que se nos siembra de que los Estados nacionales están en su ocaso y que la sociedad debe arbitrar otras formas de controlar los poderes económicos, mundialmente concentrados y cartelizados. Creemos que el Estado sigue siendo una forma insustituible hoy por hoy de solidaridad y cohesión social, aunque estamos de acuerdo, como acabamos de expresar, en que debe ser complementado por otras construcciones políticas más abarcadoras y finalmente mundiales.

En los países más avanzados el Estado está sufriendo un desplazamiento que juzgamos en extremo perverso: de depositarios del poder de los ciudadanos tienen el peligro de pasar y en algunas ocasiones, bajo la conducción de algunos presidentes y partidos, han pasado a constituirse en representantes ante los demás países de las corporaciones mundializadas que tienen su casa matriz en su territorio. Las empresas mundializadas, sea cual sea su origen, a estas alturas de su desarrollo no tienen patria y gestionan ventajas corporativas ante cualquier gobierno; sin embargo los gobiernos sí tienden a asumir su promoción como política de Estado. Las relaciones internacionales, en el ambiente corporativizado en que nos encontramos, están centradas en lograr libertad irrestricta para ellas e incluso privilegios o por lo menos acuerdos ventajosos y por supuesto en su defensa jurídica y la defensa de la llamada propiedad intelectual que, tal como funciona, es una patente de corso para obtener ganancias desorbitadas sin ninguna relación con el costo de los bienes ofertados. No estamos de acuerdo con que el bien de esas corporaciones, sea sin más el bien de los ciudadanos y de los países. Creemos que hay que rescatar al Estado de esa subordinación que le hace perder sustancia y que se traduce en una gran indefensión de los ciudadanos, sobre todo de los de menos recursos.

Es cierto que hay que desarrollar las redes sociales; pero también hay que reconocer que buena parte de lo que hoy se llama sociedad civil, sobre todo bastantes ONGs, está coaptado por el horizonte trasnacionalizado y es canal para internalizar los mecanismos de funcionamiento y reproducción del sistema actual. Por tanto creemos que es preciso repolitizar a la sociedad para que ella, presionando a los Estados y con su apoyo, se encamine hacia unas reglas de juego más incluyentes y humanizadoras.

Respecto del Estado venezolano actual, el principal problema es que es un apéndice del gobierno y no una burocracia capacitada, estable y dinámica, que responda sobre todo ante los usua-

Volvemos a insistir, también en este punto, que sólo una ciudadanía adulta puede desestimular a los medios de emprender aventuras irresponsables.

Más abarcante es todavía la necesidad de reponer lo público en nuestro imaginario social, lo público como lo que no es susceptible de apropiación privada por parte de nadie y lo que es responsabilidad de cada uno, compartida por todos

Pero no se ve suficientemente que el problema de la pobreza nunca se resolverá, si no se reconoce efectivamente a los pobres como personas dignas y como sujetos sociales. Este reconocimiento no se da actualmente.

rios. Hay que reconocer que así como en los países más desarrollados el Estado tiende a fortalecerse y a trasnacionalizarse para repotenciar el radio de acción de sus empresas y más en general de sus ciudadanos, en muchos países del tercer mundo la constitución de un Estado fuerte es todavía una exigencia histórica. Es el caso de nuestro país en el que un petroestado macrocefálico, fue minado internamente por el semicorporativismo y el clientelismo populista y la denigración sistemática de los medios hasta llegar a la parálisis actual.

Por Estado fuerte no entendemos obviamente un Estado autoritario y menos aún represivo sino ante todo una institución que funcione efectivamente como órgano de la voluntad general, más allá del particularismo de tribus o de partidos que se presentan como facciones o de las élites económicas, culturales y sociales. Para que lo sea realmente se requiere un rediseño institucional a fondo que lo haga realmente democrático, es decir con separación efectiva de poderes, con capacidad de hacer cumplir las leyes a todos los ciudadanos, desde la tributación universal a la seguridad jurídica, tanto de los pobres como de las empresas, con capacidad para brindar seguridad a la ciudadanía, velar por la calidad de la infraestructura y dotar de educación básica de calidad y seguridad social a la altura del siglo. Pero este rediseño, que precisa sin duda idoneidad técnica, reclama más a fondo el surgimiento en el país de una cultura institucional, en el sentido preciso de concebir y valorar las relaciones abstractas, impersonales, sin rostro y nombre conocidos, basadas únicamente en el atenerse a las funciones y los protocolos, y descartando el familismo, amiguismo y partidismo. Más abarcante es todavía la necesidad de reponer lo público en nuestro imaginario social, lo público como lo que no es susceptible de apropiación privada por parte de nadie y lo que es responsabilidad de cada uno, compartida por todos.

El rescate del Estado de cualquier facción, el establecimiento de una administración pública, a la vez estable, cualificada y dinámica es una necesidad imperiosa, que exige la voluntad decidida, lúcida y con conciencia ética de los ciudadanos. Urge, además, arbitrar mecanismos a través de los cuales los ciudadanos puedan exigir a la burocracia que cumpla con sus funciones y que compense los daños causados por el mal desempeño. Un canal imprescindible, como insistimos en el apartado anterior, es el establecimiento, de nueva planta o por transformación, de partidos modernos, una de cuyas características ha de ser el que la relación con sus afiliados y más en general su desempeño como gobierno nada tenga que ver con el otorgamiento de beneficios particulares, ni a sus militantes ni a sus financistas sino que se base únicamente en el establecimiento de políticas que los beneficien como parte del conjunto nacional.

Incorporación de las mayorías populares

Hay un gran consenso en el país, al menos a nivel declarativo, en cuanto a que Venezuela es inviable si no se acomete, hasta resolverlo básicamente, el problema de la pobreza. Pero en este imaginario ambiental priva la percepción de los pobres como problema político, ya que son fácil presa de los demagogos, o como problema moral, ya que parece denigrante que tantos seres humanos estén viviendo en condiciones infrahumanas. Pero no se ve suficientemente que el problema de la pobreza nunca se resolverá, si no se reconoce efectivamente a los pobres como personas dignas y como sujetos sociales. Este reconocimiento no se da actualmente. Es lo que dice la constitución, que, caracterizándonos como una sociedad multiétnica y pluricultural, establece como uno de sus objetivos constituirnos en un estado de justicia. Porque las culturas dominantes, criolla tradicional y occidental mundializada, no reconocen a las culturas subalternas, que son las indígenas, la afroamericana, la campesina y la suburbana. Por eso estamos firmemente convencidos de que el problema principal de nuestra democracia es la incorporación de las mayorías populares que pertenecen a esas cuatro culturas a la condición de ciudadanos adultos con reconocimiento efectivo de sus derechos y deberes, de su especificidad

Sólo cuando el pueblo sea plenamente sujeto sin pretendidas tutorías, podrá superarse la distancia actual entre la democracia formal y la democracia real, distancia ferozmente mantenida por las élites económicas y políticas (con el apoyo de los *massmedia*), que de hecho han funcionado hasta ahora como estamentos privilegiados (lo mismo que los militares), impidiendo así que funcione efectivamente la democracia proclamada.

cultural y de sus organizaciones de base.

Este reconocimiento incluye imprescindiblemente la contribución a su desarrollo humano. El pueblo necesita crecer y está consciente de ello. Una parte lo anhela vivamente y se esfuerza en capacitarse por todos los medios a su alcance y a costa de sacrificios desmedidos; otra parte se acostumbró a su condición de cliente y espera resolver la vida por este camino; otros finalmente se sienten completamente sobrepasados en esta nueva época y necesitan de un apoyo prolongado para que conciban la confianza en sí mismos necesaria para ponerse en marcha.

Para decir lo mínimo, no puede funcionar un país en el que no llegue a un treinta por ciento la población activa que posee un empleo productivo. Llevamos veinticinco años de caída en picado. El país no podrá despegar económicamente mientras no crezca sustancialmente la productividad del conjunto. No bastan enclaves de alta productividad. Es imprescindible que tengamos la visión de todo el país productivo. Para esto tenemos que tener fe en que la masa del pueblo podrá alcanzar progresivamente cotas elevadas de capacitación competitiva. Esto requiere ante todo inversión muy sustancial, cualitativa y sostenida en educación básica. En una situación signada por una abrumadora escasez de recursos, eso significa que todos aceptamos que deberán ser sustraídos de otras áreas. Esta capacidad de sacrificio propio mide el grado de reconocimiento real de nuestro pueblo.

Sólo cuando el pueblo sea plenamente sujeto sin pretendidas tutorías, podrá superarse la distancia actual entre la democracia formal y la democracia real, distancia ferozmente mantenida por las élites económicas y políticas (con el apoyo de los *massmedia*), que de hecho han funcionado hasta ahora como estamentos privilegiados (lo mismo que los militares), impidiendo así que funcione efectivamente la democracia proclamada. Bastantes profesionales y grandes propietarios no son conscientes de que mantienen un estatus de privilegio injusto, porque es un estado de cosas inveterado. En este sentido son víctimas de un estado de cosas asimétrico que deshumaniza a todos y deben ser ayudados a tomar conciencia de esta realidad que mancilla su propia dignidad humana para que su afirmación personal incluya realmente la de los otros. Este problema no es sólo nuestro. Es problema de toda América, incluida USA; pero esto no puede ser para nosotros excusa para no acometerlo con toda decisión.

El camino para superar este estado de cosas incluye múltiples dimensiones, ya que es preciso avanzar tanto en el terreno de reconversión institucional para que esté abierta efectivamente a los pobres, como en de la reactivación económica que incluya la creación masiva de empleo. Pero no puede faltar el trabajo directo con el pueblo, un trabajo en el que es indispensable el método participativo, así como también el involucrar a grupos profesionales en este contacto horizontal basado en el mutuo respeto. Esta colaboración entre gente no popular y el pueblo organizado en el seno del pueblo es imprescindible porque, si bien es cierto que si el pueblo no se convierte en pleno sujeto social de su desarrollo, nadie lo podrá poner a valer, también lo es que el pueblo solo no tiene en sí el dinamismo suficiente para un desarrollo autosostenido. Los múltiples y sostenidos esfuerzos que tiene que hacer toda la sociedad para lograr el desarrollo popular tienen que pasar por la creación masiva de empleos productivos que proporcionen ingresos básicos. Si esto no se logra, no habrá base firme para la ciudadanía popular. Aunque también el desarrollo político del pueblo puede servir de palanca eficaz para promover y sostener esta política. Sin embargo queremos insistir complementariamente en que esta sinergia entre profesionales y pueblo no es sólo utilitaria ni mira únicamente a la promoción popular. Es una alianza permanente entre ambos, porque no se atiene sólo a metas objetivables sino que es más aún una relación histórica realmente simbiótica y mutuamente enriquecedora y humanizadora.

Nuevo pacto

Creemos que la inclusión popular participativa, como expusimos en el apartado anterior, es el punto en que el nuevo pacto político-social que necesitamos como país debe superar al de Punto Fijo. Como aquél, necesitamos una concertación basada en un programa mínimo consensuado, que cada grupo se comprometa a cumplir. Este programa mínimo, además de los principios democráticos más cuestionados y relevantes, debe

Estamos de acuerdo en que la democratización del Estado pasa por su descentralización. Para nosotros ésta es una meta inaplazable y no negociable, si queremos profundizar eficazmente la democracia.

incluir el marco legal e institucional por el que debe trascurrir la vía democrática. Sin este acuerdo básico no tendremos estabilidad ni paz ni posibilidades de salir de este marasmo. Este pacto no puede ser entendido como una ilusión de armonía sino que incluye, además de las sinergias que todas las partes juzgan provechosas para sí, aquellos conflictos de intereses o concepciones susceptibles de ser procesados dentro del horizonte del pacto.

Pero, a diferencia de aquél, no puede ser un pacto de élites corporativizadas, ya que eso socava como un cáncer la democracia. Debe incluir a todos y la única garantía de que no haya exclusiones es que incluya expresamente al pueblo o para decirlo de manera más descriptiva a los que fluctúan entre las necesidades básicas y las mínimas (los estratos D y E), con sus organizaciones y su peculiaridad cultural, y no encuadrados en organizaciones clientelares sino en sus propias y múltiples organizaciones de base, entre las que es importante mencionar las organizaciones del pueblo trabajador, es decir, sindicatos que expresen realmente a los trabajadores y no se reduzcan a extensión de las estrategias de los partidos al mundo trabajador.

Esto implica que el nuevo pacto político debe estar sustentado en una ciudadanía responsable y organizada que presione establemente a los políticos para que alcancen las mayores cotas posibles de trasparencia, de consecuencia con los programas que los llevaron al poder y de calidad gerencial. Así como la esfera económica debe ser moderada por la esfera política que le ayudará a reencontrar una y otra vez sus fines trascendentes, así los políticos deben ser controlados por la sociedad como conjunto para que no busquen fines privados, sean los de sus organizaciones, sean los de las corporaciones económicas. A cualificar este control social contribuye la promoción del tercer sector o sector social, es decir de esas organizaciones que persiguen gradualmente la realización de los máximos que no son exigibles políticamente a todo el cuerpo social.

Descentralización participativa

Estamos de acuerdo en que la democratización del Estado pasa por su descentralización. Para nosotros ésta es una meta inaplazable y no negociable, si queremos profundizar eficazmente la democracia. Porque nos parece que la asunción efectiva de la democracia por parte de los ciudadanos pasa necesariamente por la toma de responsabilidades en los ámbitos más abarcables del municipio y el Estado, insistimos en que se entienda la descentralización como expresión de un nuevo modo de hacer política y no como una mera decisión administrativa. De parte de los ciudadanos tiene que darse la decisión de hacerse cargo de los asuntos que les incumben a nivel local y estadal sin delegar su responsabilidad en los caciques locales y en los políticos que conciben la política como un ejercicio discrecional del poder en connivencia con las élites del entorno.

Recalcamos este punto porque existe el peligro de que se reproduzca a todas las escalas el mismo modelo señorial de ejercer el poder, un modelo no deliberativo ni sometido a responsabilidades administrativas, ya que el ejercicio autocrático del poder e incluso la concepción de que el que tiene poder manda a discreción hasta que le quiten del puesto y más aún ese tipo de sensibilidad respecto del mando, ha atravesado los cincuenta años de democracia sin transformarse como lo requiere una concepción democrática del poder. Así pues la descentralización profundizará la democracia, sólo si se supera ese modo de mandar. Esto requiere superar esa red de caciques que ha sido hasta ahora la espina dorsal de los partidos y por consiguiente de los gobiernos.

Para lograrlo hay que modernizar los partidos, como hemos venido recalcando en apartados anteriores, y más aún estimular la ciudadanía organizada a todos los niveles, como insistimos en el apartado anterior. Pero no podemos esperar a que haya una nueva cultura política para descentralizar. Por el contrario, la nueva política saldrá en buena medida del ejercicio de la representación y participación responsable en estos ámbitos descentralizados.